



LETRAS AL MARGEN

EDUARDO ANTONIO PARRA Entre las pasiones y obsesiones que perturban o estimulan el espíritu humano, acaso la que más me intriga y fascina sea la pasión u obsesión por el poder.

EL PODER, *¿obsesión o pasión?*

Se dice que la fe mueve montañas, que el amor transforma el universo, que el odio destruye lo que existe a su alrededor, que el miedo se expande hasta convertirse en una enfermedad susceptible de debilitar a cuantos alcanza, que la codicia puede sembrar la corrupción generalizada a su paso. Y, no obstante, cada una de estas pasiones integra y sublima la pasión por el poder, que las alinea en una sola orientación como si se tratara de las diferentes divisiones de un ejército en batalla. Pero, entre quienes detentan el mando, ¿cómo saber cuándo se trata de un obseso y cuándo de un apasionado? Si la obsesión es una idea fija, persistente, que no deja a la mente en paz hasta provocarle una perturbación; y la pasión algo que se padece, podríamos pensar que la primera existe antes de que se alcance el objeto deseado mientras que la segunda tiene que ver con su consecución. En este tenor, un obseso es alguien que desea y un apasionado alguien que

deseó, que ha cumplido su deseo, pero sigue deseándolo a pesar de poseerlo.

Con dar un vistazo a la historia del siglo XIX en México, cuando la democracia estaba mucho más lejos que ahora de ser una realidad, encontramos ejemplos de quienes sufrían una obsesión por el poder y de quienes estaban apasionados por él. Cuando hay una revolución, como nuestra lucha por la independencia, uno pensaría que entre los motivos de quienes se levantan en armas se encuentra la pasión por el dominio de los demás. Por supuesto, también hay que contar las ideas de redención de los oprimidos, libertad, autonomía y soberanía, pero por encima de ellas, y reuniéndolas, se halla la pasión señalada. ¿Por qué entonces los caudillos de la independencia que alcanzaron a ver realizados sus esfuerzos duraron tan poco tiempo en el mando? ¿Por qué Iturbide, Guerrero y Victoria tuvieron sólo un paso fugaz, el primero como emperador y los otros dos como presidentes de la república? ¿Sería que en realidad se

habían obsesionado con algo, pero al momento de conseguirlo les faltó pasión para conservarlo? Fueron traicionados, dirán algunos. Y sí, pero la historia nos enseña que casi todos los gobernantes sufren traiciones y muchos consiguen mantenerse pese a ellas. Quizá los que consiguieron perdurar no se conformaron con ver coronada su obsesión, sino supieron alimentar su pasión y defenderla contra las fuerzas extrañas a ella.

El caso más emblemático de obsesión por el poder que no redundó en pasión en nuestro siglo XIX es el de Antonio López de Santa Anna, que llegó al mando supremo en once ocasiones sin gobernar siquiera seis años (si juntamos el tiempo de todos sus periodos). Ni un sexenio. Y sin embargo durante el primer medio siglo de vida independiente fue el indispensable cuyo nombre se invocaba para hacer estallar todas las revoluciones, aonadas, y golpes de Estado. Bastaba una palabra suya, un amago, para que los gobiernos opuestos se tambalearan. Pero no había nada

que le gustara más que abandonar el mando para volver a conquistarlo un poco más tarde. Santa Anna era un obseso del poder. Era su idea fija. ¿Por qué nunca lo conservó? ¿Por qué pasó a la historia como un payaso político que tras alcanzar su objetivo se aburría y dejaba el gobierno en otras manos para irse a descansar a su hacienda Manga de Clavo? ¿Y por qué estando allá de pronto comenzaba a carcomerlo de nuevo la obsesión hasta que saltaba de su hamaca para encabezar la nueva revuelta que le devolvería el mando? Porque Santa Anna no era apasionado del poder, sino tan sólo un obseso. Cuando el objeto de su obsesión ya le pertenecía, dejaba de interesarle. Su verdadera pasión no era el mando, ni la riqueza, ni las mujeres, ni los homenajes, ni siquiera los aplausos ni las ovaciones de la multitud. Eran los gallos. Las demás eran obsesiones momentáneas, deseos fáciles de satisfacer, caprichos.

Y como Santa Anna hubo muchos, casi todos los gobernantes del país de entonces: hombres que se obsesionaron con el mando supremo al grado de salir al campo de batalla encabezando un ejército para obtenerlo. Algunos fueron derrotados en el intento y la obsesión quedó enterrada. Otros la conquistaron, pero en cuanto tuvieron que convivir día a día con ella se dieron cuenta de que no sabían qué hacer con él. Se puede decir que la primera mitad del siglo XIX, cuando sus gobernantes provenían de la generación que luchó por la independencia, México careció de hombres que padecieran verdadera pasión por el poder. Tuvo que venir la siguiente camada, la de los caudillos liberales, para

que los mexicanos supiéramos lo que era ser gobernados por alguien de veras apasionado por imponer su voluntad sobre los demás a cualquier precio. Tuvieron que aparecer Benito Juárez y Porfirio Díaz para que en nuestro país reconociéramos la verdadera pasión por el poder. Estaban hechos con un material muy distinto al de Santa Anna. Hay quien dice que las diferencias residían en sus regiones de nacimiento, que les dieron temperamentos opuestos. Quizá eso haya influido en sus caracteres. Aunque si nos enfocamos a su pasión por el mando lo más seguro es que el origen se encuentre en otros aspectos de sus biografías.

En Benito Juárez habían calado hondo los principios liberales junto con una idea algo nebulosa de la democracia. Acaso el acceso al mando supremo lo obsesionó en ciertos momentos de su vida, pero con revisar alguna de sus biografías es fácil advertir que también lo atemorizaba. Deseo y temor, ansia y angustia: ¿no es claro que se trata de los ingredientes de una verdadera pasión, más que de los de una obsesión? Juárez no se apresuró. Después de hacer carrera como diputado, gobernador, ministro y vicepresidente, el mando supremo le cayó en las manos de manera en apariencia casual cuando ya rebasaba el medio siglo de existencia. Es decir, tuvo acceso al poder siendo poco menos que un anciano para su tiempo. ¿Esto indica que su pasión era de baja intensidad? No, indica que no se trataba de una obsesión simple como en el caso de Santa

Anna. En Juárez el poder no era una idea persistente que lo consumiera hasta el agotamiento. Supo esperarlo, asediándolo, colocándose a la vista de su objetivo, haciéndose agradable a él, sin apresuramientos, como el amante que está seguro de obtener a su amada porque sabe que están hechos uno para el otro, que serán felices para siempre y que sólo la muerte los separará (lo que en su caso ocurrió punto por punto).

No se trataba de una obsesión, y sin embargo al conseguir su objetivo se desató en Juárez la mayor pasión por el poder que se había dado hasta entonces en nuestra historia. Y también el mismo temor que aqueja al amante tras conquistar a su amada lo envolvió a él: los primeros meses de su gobierno fueron cuando el presidente indígena se mostró más inseguro, titubeante (hay que recordar que tomó las riendas de la nación en el momento que estallaba una de las guerras más sangrientas de nuestra historia y que entonces él se rodeaba de las mentes más lúcidas de la época, lo que en términos amorosos se traduciría como que había mejores partidos que, en cualquier descuido, podían arrebatarse su conquista).

Igual que en los grandes amores románticos (en ese tiempo el romanticismo se hallaba en boga), el miedo a perder a la amada hizo más sólidos los lazos y Juárez, mientras adquiría mayor seguridad en sí mismo y mayor dominio de los demás, vio cómo crecía en su interior esa pasión que se alimentaba a sí misma sin descanso. No hay nada que nutra más una pasión que los conflictos que amenazan con destruirla, y

había ejércitos levantados contra él, intrigas entre sus mismas filas, descontento popular, hambre, carencias. Juárez sabía que medio México estaba empeñado en quitarle el mando, pero supo sobreponerse a las adversidades para sublimar su pasión, acaso la única que lo poseyó realmente, y sublimarse él en ella al grado de darse cuenta de que si fracasaba en mantenerla se perdería a sí mismo. Murió con el objeto amado en las manos y cumplió con el precepto de “hasta que la muerte los separe”. Su pasión por el poder fue absoluta, incandescente y, en su momento, necesaria. Dice una canción de la época: “Si Juárez no hubiera muerto, todavía viviría”. Pues bien, Juárez murió, pero nos dejó a su retoño: un hombre a

quien, acaso sin saberlo, construyó a su medida: Porfirio Díaz.

Díaz reúne algunas de las características de sus dos antecesores más conocidos. Tuvo por un tiempo la obsesión por el poder, cuando se empeñaba en ganar las elecciones, perdía y se alzaba en armas, y cuando obtuvo lo que quería dio rienda suelta a su pasión. Él no murió tan pronto. Si Juárez fue presidente durante catorce años, Porfirio permaneció en ella el doble. Pasó el tiempo de los conflictos sin tanto problema y luego se estableció en una paz quizás artificial o fingida, pero paz al fin, a disfrutar de su pasión sin contratiempos, como en los matrimonios viejos, libre por completo ya de obsesiones y altercados del espíritu.

Como Santa Anna nos muestra, la obsesión siempre es arrebatadora e inmediata; no siempre lo es la pasión, que llega a sobrevivir muchos años en calma, como lo hemos visto en los casos de Benito Juárez y Porfirio Díaz. Ambas son atolondradas, pero sólo la pasión puede controlarse, dosificarse y extenderse por largos periodos de tiempo. En México, durante el siglo XX, e incluso estos inicios del XXI tenemos muchos otros ejemplos, muy distintos, tanto de obsesos como de apasionados del poder, pero Santa Anna, Juárez y Díaz sentaron las bases de tres tipos de comportamiento que se repite con diferentes combinaciones hasta nuestros días. Ellos son nuestros mitos fundadores. El origen. De ellos podemos aprender a obsesionarnos y a apasionarnos 🌸

